



CAPITULO PRIMERO.

Preliminares

Antes de emprender la tarea de poner en orden la colección de noticias que hemos podido recojer en diversos autores acerca de la vida, martirio y celebridad del excelso Patrono de la ciudad y diócesis de Gerona, parecéenos oportuno trazar á grandes rasgos un sencillo bosquejo de lo que podríamos llamar historia de los primeros tiempos de esta población por muchos conceptos ilustre y celebrada, hasta llegar á la época en que floreció en ella el insigne varón apostólico cuyas glorias nos proponemos narrar en las presentes páginas.

No cabe dudar de que Gerona sea una de las ciudades más antiguas de la península ibérica, que en sus comienzos se llamó Hesperia y más tarde Hispania, ó España, como aún hoy se la nombra; y á tan remota época alcanza su antigüedad, que su fundación, lo propio que la etimología de su nombre, no

son cierta y exactamente conocidas, explicándose sólo por medio de oscuras y dudosas tradiciones, calcadas indudablemente sobre las fábulas que cantaron en inmortales versos los poetas de Grecia y Roma.

La mayor parte de los cronistas que han pretendido esclarecer la densa noche de los primeros tiempos de Gerona, apoyándose en antiguas tradiciones admitidas por escritores de la talla del P. Mariana, Ponce de Icart, Beuter, Pujades, Boades y otros, afirman que su primer fundador fué Gerión, natural de la Libia, según unos, y, según otros, de la Mauritania, añadiendo algunos que este personaje semi-mitológico considerado como rey de toda la península ibérica, era descendiente del rey Beto, último de la línea de Túbal, nieto del patriarca Noé (1). Según ellos, Gerión vino á desembarcar en las costas del que fué después territorio del Rosellón y punto donde termina en el Mediterráneo la cordillera pirenaica, y dicen que en una de las vertientes de aquellos ásperos riscos fundó la histórica población de Coblliure (*Caucoliberis*), internándose luego y subiendo hácia las montañas que circuyen el

(1) Véase en la sagrada Biblia el libro del *Génesis*, capítulo X, v. 2.—Según unos, de Túbal procedieron los iberos que moraban á la otra parte del Ponto Euxino; y otros con San Gerónimo sostienen que de aquel procedieron los españoles, antiguamente llamados iberos.

extremo septentrional de la que fué más tarde comarca emporitana ó ampurdanesa, y pasando después á edificar una torre que vino á llamarse Gironella, en el mismo sitio que ocupaba en Gerona la fortaleza de igual nombre, reducida á escombros al principio del siglo pasado por los salvajes ejércitos de Napoleón I. Aquella torre, construída en la pendiente de una enhiesta colina cuyos piés besan las aguas del Onyar, fuerte é inexpugnable por su posición natural, dió motivo á que fuesen reuniéndose en torno de ella los primeros pobladores de Gerona unos novecientos años antes de la Era cristiana.

Después de la muerte de Gerión, sucedieron en el reino sus tres hijos conocidos también por Geriones ó Lomnimios, nombre que se les aplicó para designar su esfuerzo, rectitud y uniformidad en el gobierno; y éstos comenzaron la edificación de lo que había de formar la ciudad, extendiéndola cuesta abajo en dirección al río y cercándola de fuertes muros que vinieron á encerrar un recinto de forma triangular, reforzado en sus ángulos por toscos y macizos torreones (1).

(1) Los restos de antiquísimas murallas que todavía pueden verse en diferentes puntos de la calle ó subida de Alemanes, sobre el derruido edificio que fué Universidad literaria, en la calle de la Escola Pía y entre algunas casas de la calle de la Forsa y las de la calle de Ballesterías, indican perfectamente el circuito de la primitiva ciudad

Hasta aquí la tradición referente á los tiempos que podríamos llamar fabulosos, por virtud de la cual conjeturan algunos que la ciudad, ó siquiera la torre Gironella, existía ya cuando los fenicios arribaron á las playas de nuestra península y trajeron á Cataluña los primeros gérmenes de civilización; y como aquellos advenedizos importarían probablemente acá el culto que á Hércules se tributaba en Egipto, Tiro y otros puntos de Oriente, podría esa circunstancia haber dado origen á la fábula que representa á aquel héroe como vencedor de Gerión, forma monstruosa de tres cuerpos, (1) con que quiso designarse la mancomunidad de ideas y acción de los referidos hermanos Lomnimos.

De estas mismas conjeturas coligen varios autores que Gerona debe á Gerión la etimología de su nombre; bien que otros, entre ellos el erudito Bullet y con él los padres Maurinos, atribuyen á aquel nombre distinto origen, haciéndole derivar de las voces célticas *Ger* y *Ond*, que, según afirma el primero en sus Memorias acerca del lenguaje de los celtas, significan "cerca de la confluencia" con que se señaló la posición de Gerona en las inmediaciones del lugar en

(1) *Forma tricoloris umbrae.*—Virgilio, *Aeneidos*, libro VI.

que juntan su corriente los ríos Ter y Onyar. Aún se ha pretendido por otros etimologistas, asignar al nombre de Gerona otra procedencia, discurriendo que pudo primitivamente llamarse Gerhona, de *Gerhun*, voz fenicia que significa "indígena", ó de *Geron* ó *Geren*, palabra que en aquel antiquísimo idioma indica un país donde se cosecha abundancia de cereales; resultando de todo ello la completa imposibilidad de poner en claro un punto por tantos tan distintamente apreciado.

Sea lo que fuere de esas fábulas entrelazadas con datos más ó menos históricos por antiguos cronistas nacionales y extranjeros, y abandonando ya la nebulosa noche de los primitivos tiempos, podemos descender, avanzando en la marcha de los siglos, á un terreno más despejado y de más positivas noticias.

Después de la venida de los fenicios y de su establecimiento en todo el territorio que de su caudillo Hispalo recibiera el nombre de *Hispania*, llegó la época en que la potente armada cartaginesa aportó á las costas meridionales de nuestra península las formidables huestes que acaudillaba Asdrúbal y que, solicitando relaciones de fingida amistad, só pretexto de ejercer un tráfico comercial que no era su principal intento, dominaron en todo el territorio y se hicieron

señoras de sus pueblos, castigándoles severamente porque, en defensa de su legítimo derecho á la independencia, se levantaban en armas contra los fementidos invasores. Extendidos los dominios de Cartago hasta las comarcas septentrionales de España y acentuada ya la rivalidad entre el pueblo conquistador y el pueblo romano, sobrevino la muerte de Asdrúbal, á quien sucedió el grande Aníbal, que, enardeciendo con su valor indomable á las huestes africanas, atravesó con formidable ejército estas comarcas y abrióse paso á través de las fragosidades del Pirineo para cruzar el suelo meridional de las Galias, tramontar los Alpes y dirigirse por las llanuras de Etruria y los campos del Lacio á las puertas mismas de Roma. El choque de los dos pueblos rivales produjo una série de guerras y trastornos que terminaron en España con la derrota de los cartagineses unos 200 años antes de la Era cristiana, en que tuvo complemento en estas regiones la dominación de los romanos.

Ya en aquella época suena en la historia del imperio latino el nombre de *Gerunda*, en el itinerario de Antonino, que la cita como 5.^a estación ó punto de descanso de la gran vía militar que, partiendo de Narbona, se dirige por *Juncaria* y *Gerunda*, siguiendo la parte oriental y marítima de Cataluña, hasta la 7.^a Legión Genuina, establecida en León.

Ptolomeo hace mención de *Gerunda* entre las principales poblaciones de la región ausetana, y Plinio la presenta como ciudad latina en el convento jurídico de Tarragona, adornada de los privilegios concedidos por el Senado romano á las principales ciudades de sus dilatados dominios.

Durante aquel tiempo, España siguió la suerte de las demás naciones sujetas al imperio de los Césares, y es natural que las supersticiones idolátricas de los romanos arraigasen en ella, á la par que sus costumbres y su modo de ser político fuesen amoldándose al carácter de aquella pseudo-civilización pagana. Mas, luego que el sol del Cristianismo comenzó á difundir sus benéficos rayos sobre la tierra, merced á la predicación de los Apóstoles, y los inspirados ecos de su voz evangélica se dejaron oír en esta parte occidental del antiguo continente, Gerona fué una de las primeras ciudades que abrazaron entusiastas la fé de Jesucristo. Una piadosa tradición, seguida por escritores autorizados, asegura que España pudo escuchar en los primeros años de nuestra Era la predicación de los apóstoles San Jaime ó Santiago el Mayor, San Pedro y San Pablo. El valioso testimonio de autores tan graves como San Isidoro, San Antonino de Florencia, Antonio Beuter, Vicente Belovacense, el Obispo Equilino, el Papa León III y el

Breviario reformado de San Pio V, recogido cuidadosamente por el ilustre maestro Alfonso de Villegas en su *Flos Sanctorum*, nos da noticia de la venida del primero de dichos apóstoles. De la venida del segundo hablan detalladamente el escritor griego Simón Metafraste, Luitprando, citado por el P. Argaíz y otros; y de la venida de San Pablo (1) tratan extensamente San Hipólito, San Epifanio, San Juan Crisóstomo, San Gerónimo y San Gregorio, citados por Fleury y Ernesto Grave; el V. Beda, Adón Vienense, Teofilacto, el Cardenal Baronio, Natal Alejandro y otros muchos que no citaremos, por no engolfarnos en disquisiciones acerca de un punto que no forma el principal objeto de las presentes páginas. Indicaremos, sin embargo, que los citados escritores, apoyándose en muy fundadas razones, coligen de la misma antiquísima tradición que los pueblos lacetanos, cosetanos, laletanos, indigetes, ausetanos y ceretanos, que formaban esta región catalana, no sólo pudieron beber la santa doctrina del Evangelio en las mismas fuentes apostólicas, sino que además pudieron recibirla con más frecuencia y quizá con mayor prontitud que otras comarcas de Es-

(1) El mismo Apóstol, en su epístola á los Romanos expresa su propósito terminante de ir á España. (*Rom. XV, 24 et 38*).

paña, dada la circunstancia, que antes hemos apuntado, de atravesar este territorio la principal vía que le ponía en comunicación con la metrópoli del imperio.

De estos antecedentes es lógico deducir que los hijos de Gerona escucharon desde luego la predicación de los enviados de Jesucristo; y el progreso que entre ellos alcanzó bien pronto la fé cristiana queda plenamente demostrado con el gran número de mártires que en esta ciudad sacrificó la feroz persecución de los primeros adversarios de la Iglesia naciente. En aquellos dos largos siglos de tan sangrienta lucha con el error, los cristianos geroneses veíanse unas veces obligados á esconderse, para la celebración de los divinos oficios, en impenetrables grutas y oscuros subterráneos, á fin de evadir el espionaje y caza que les daban los infieles; pero, en otras ocasiones, cuando la persecución amainaba su crudeza ó se experimentaba en ella alguna tregua, salían al punto á la luz del día y en su ardiente celo por el esplendor de la Religión, se lanzaban decididamente á promoverlo en públicas manifestaciones, edificando templos ó capillas donde pudiese tributarse á Dios mayor gloria y un culto más digno de su Excelsa Majestad. Así vemos que, durante el imperio de Felipe el africano, que murió hácia la mitad del siglo III, los cristianos de Gerona, apro-

vechando la libertad que les concedía este emperador, á quién algunos llegan á suponer convertido á la fé de Cristo, emprendieron la construcción de un templo dedicado á la Santa Cruz en el mismo lugar que actualmente ocupa la iglesia de San Martín ó del Seminario.

Sin pretensión, pues, de dar á cuanto dejamos apuntado mayor valor histórico del que puedan tener las crónicas de que entre sacamos todos estos datos, podemos con fundamento concluir que, de uno ú otro modo, debió la fé cristiana echar prontas y hondas raíces en el fecundo suelo que tantos y tan esclarecidos mártires dió más tarde á la Iglesia de Dios. Y aquí precisamente, en tales circunstancias y en esta ilustre ciudad que bien podía considerarse jardín convenientemente preparado para que creciera y fructificara en él la buena semilla del Evangelio, floreció el bellissimo y fragante Narciso, á cuyo loor dedicamos este humilde trabajo, guiados por el único intento de publicar una vez más sus brillantes prerogativas y promover y ensanchar en lo posible entre los fieles su culto y devoción.



CAPITULO II

Pátria de San Narciso

Las noticias referentes á nuestro ilustre Mártir que se encuentran unas diseminadas y ordenadas otras en las antiguas crónicas, son por su procedencia de tal naturaleza, que obligan á señalar en la vida del Santo dos distintos períodos. Por su orden natural y cronológico, comprende el primero los años transcurridos desde el nacimiento de San Narciso hasta la época de su marcha á Alemania: el segundo corre desde esta época hasta su muerte. Las noticias relativas al primero de dichos períodos han de considerarse inciertas y no pocas de ellas muy probablemente falsas, como procedentes de documentos de escasísima autoridad y de crónicas que la recta crítica ha tachado de apócrifos; pero las de los hechos desarrollados en el segundo período son de origen tan autorizado, que deben reputarse ciertas.

Muévenos á establecer esta distinción de